



Grupos Maristas de Encuentro

La historia de la comunidad del amor

El evangelio y las cartas que conocemos en el Nuevo Testamento bajo el nombre de Juan son testimonio de una comunidad viva, acogedora, audaz, dispuesta a vivir la verdad del Reino hasta sus últimas consecuencias, y que, justo por ello, sufre incomprensión, es perseguida e incluso se acaba dividiendo internamente. Y en medio de todos estos conflictos, su líder, el presbítero Juan, recuerda que la piedra fundamental de la Buena Noticia de Jesús, el Cristo, sigue siendo una: «Dios es amor. Amémonos unos a otros».

1. ¿Qué sabemos de Juan?

Como sucede con otros, el nombre de Juan era muy común en la época, con lo que no sabemos a ciencia cierta cuántos juanes hay en el Nuevo Testamento. Puede haber hasta tres: Juan, hijo de Zebedeo, es el discípulo de Jesús, hermano de Santiago el Mayor, pescadores en el mar de Galilea, parte del grupo de los Doce y, probablemente, del grupo más cercano a Jesús. Este Juan se identifica, desde antiguo, con el «discípulo amado», origen del cuarto evangelio (por eso lo llamamos «según Juan»). Además, hay un presbítero Juan, autor de las tres cartas bajo ese nombre en el Nuevo Testamento. «Presbítero» es una palabra griega que significa «anciano», y, además, se usa para designar, según la tradición judía, a los dirigentes de la comunidad. ¿Es el mismo discípulo ya muy mayor? ¿o, más fácil, otro Juan con el cargo de dirigente de la comunidad?). Además, tenemos a un vidente, también de nombre Juan, autor del Apocalipsis, difícil de identificar con el Zebedeo, que, de estar vivo aún, sería muy, muy mayor.

Más allá de todo esto, lo que si tenemos muy claro es que existió una comunidad cristiana primitiva viva, creativa, que se identifica con el discípulo amado y va generando una serie de escritos (evangelio, cartas, Apocalipsis) que transmiten su experiencia de Jesús, Dios con nosotros, y la historia de su vida comunitaria. Y en estos escritos, hoy, dos mil años después, nos sigue hablando Dios.



2. Una historia de la sabiduría cristiana

Un discípulo que conoció y caminó con Jesús, el «discípulo amado» reúne en torno a sí, en Palestina, a una primera comunidad cristiana. Son un grupo de judíos que aceptan la Buena Noticia de que el Reino de la fraternidad universal ya ha empezado con Jesús. Y tienen la convicción de que, si el Reino ya está aquí, ninguna frontera, ni la etnia, ni la cultura, ni la pobreza, ni nada, pueden separar a los hermanos en Dios: y empiezan a acoger en la comunidad a judíos considerados impuros, e, incluso, a acoger a samaritanos, el colmo de la impureza legal que, sin embargo, quieren vivir el Reino y partir con ellos el pan.

Algunos judíos tradicionales no pueden aceptar este tipo de comunidad y los persiguen y expulsan de las sinagogas. Por ello, la comunidad tiene que huir al extranjero. Mejor sufrir el destierro que dejar de querer al diferente como un hermano. Y en ese exilio personas no judías, romanos y griegos, maravillados de un mensaje diferente a lo que conocían se unen a la comunidad del «discípulo amado».

Pero es difícil mantener la comunión. En el contexto pagano, un grupo quiere convertir a Jesús en algo parecido a los dioses paganos: Jesús, no es un verdadero ser humano. Es mejor comprenderlo como un semidiós, como una divinidad muy «celestes». Los cristianos tienen que ser los «perfectos», una élite de puros, los que «saben» frente a la mayoría de ignorantes. No hace falta «mancharse las manos» con los pobres, como si cualquiera pudiera ser un elegido de Dios...

Y el presbítero Juan, el líder de la comunidad, dice: «No». Ese no es el mensaje cristiano: *«Queridos míos: amémonos los unos a los otros, porque el amor es de Dios; y todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios. El que no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es amor»* (1 Juan 4, 7-8). No todos quieren escuchar. Es más fácil un Dios que me quiere solo a mí, que me hace especial frente a los demás... un Dios de y para los «mejores», de los «espirituales», de los que no molestan. La comunidad del Amor se rompe para siempre.



3. Para nuestra vida

La comunidad de Juan es una historia de vida que nos resuena hoy con la fuerza del Espíritu:

- Nos recuerda cuál es el centro de nuestra vida cristiana: la fe en Jesús, el Cristo, que si es de verdad, no puede separarse de la esperanza y del amor... Y ésta es la prueba definitiva de que nuestra fe y esperanza son de Dios: el amor.
- Y ese amor no se vive como una «sabiduría escondida» para los elegidos, para los «espirituales», para los inteligentes, sino que crea familia alrededor y acoge a todos. Crea necesariamente comunidad fraterna, en la que compartimos la vida y partimos el pan. Nadie es más que nadie; todos somos sencillos seguidores del único maestro. Y Jesús, el Cristo, allí se hace presente. Y el cielo (el Reino) se hace presente un poco más en el mundo.



- Por eso, esa comunidad está abierta a acoger a todos: los buenos y los no tan buenos, los capaces en alguna cosa y los capaces en otra, los que parecen piadosos y los que no lo parecen. ¿Qué puedo aportar yo al grupo, a la comunidad? Nada. A ti mismo. Porque esto no va de aportar, sino de querer amar y ser amado.

- Y en ese amor nace la compasión por los necesitados, por los heridos, por los que no lo hicieron bien, por los pobres y olvidados. Si les duele, nos duele.

- Lo que trae consigo, claro, tensiones e incomprensión. A veces preferimos descalificar, etiquetar, enfrentar. Excluir. Si no hace lo que esperamos, no es de los «nuestros», no es «suficiente». Pero el presbítero Juan nos recuerda la Verdad: resulta que «*el que no ama no ha conocido a Dios*».



Dinámica para la reflexión

Para la reunión se ofrece una copia del icono de Marcelino que se puede trocear en tantas partes como participantes hay en el grupo. Por detrás de cada trozo se escribe el nombre de cada miembro del grupo. Esto se tendrá preparado para el tercer momento.

- Primeramente y después de leer la experiencia de la comunidad de Juan, señala qué aspecto resuena hoy, ahora, en tu corazón y compártelo con el grupo.
- En un segundo momento, señala una necesidad que hay en tu vida por la que te gustaría que rezaran los demás.
- Después de que todos compartan su necesidad se puede repartir al azar un trozo del icono de Marcelino, cada uno lee el nombre que hay detrás y se compromete a rezar por él o ella y su necesidad. Nos sentimos así más unidos como comunidad.

4. Momento final de oración

Profundizamos en el mensaje de la Palabra

Como el Padre me amó, yo os he amado.

Permaneced en mi amor, permaneced en mi amor (2)

Qué nos recuerda Juan para este momento de oración:

- El amor es la prueba definitiva de que nuestra fe y esperanza son de Dios.
- El amor crea familia: Crea comunidad en la que compartimos la vida y partimos el pan.
- Una comunidad abierta a acoger a todos sean como sean, y donde lo único que importa es que quiera amar y ser amado.
- Y al amar, nos duelen los que peor lo pasan: nace nuestra compasión.

**Como el Padre me amó, yo os he amado.
Permaneced en mi amor, permaneced en mi amor (2)**

Qué nos recuerda Jesús:

- «¿Quién de los tres se hizo prójimo del caído?» El que tuvo compasión de Él. «Pues ve y haz tú lo mismo.»
- «Os doy un mandamiento nuevo: que os améis unos a otros; igual que yo os he amado, también vosotros amaos unos a otros. En esto conocerán todos que sois discípulos míos: en que os tenéis amor entre vosotros.»

**Como el Padre me amó, yo os he amado.
Permaneced en mi amor, permaneced en mi amor (2)**

Canto de meditación. Decimos amar (Fernando Leiva)

Está claro que sólo el camino del amor nos llenará de luz,
nos dará esperanza y el sol del alba hará del día un nuevo día.
Está claro que sólo el camino del amor nos hará comprender el sufrimiento,
la indiferencia de nuestras vidas por otras vidas.

Y algunos dicen que aman y no quieren perdonar,
y otros dicen que aman
y no saben escuchar, y yo que digo que amo
y la caridad se me olvidó.
¿Por qué decimos que amamos si no es amor?
Está claro que sabemos poco del amor
de ese amor real que enciende todo,
que envuelve el alma, que dio su vida por nuestras vidas.
Y algunos dicen que aman y no quieren perdonar,
y otros dicen que aman
y no saben escuchar y yo que digo que amo
y la caridad se me olvidó.
¿Por qué decimos que amamos si no es amor?
Algunos dicen que aman y en su corazón
no hay compasión
y otros dicen que aman y aún en su ser hay rencor
y yo que digo que amo y la caridad se me olvidó.
¿Por qué decimos que amamos si no es amor?
Y no quieren perdonar, y no saben escuchar,
y yo que digo que amo y la caridad se me olvidó.
¿Por qué decimos que amamos si no es amor, si no es amor?



Oración personal (Música de fondo)

Vamos a recordar nuestras realidades familiares y comunitarias en este momento de oración personal. Repasamos los rostros de aquellos con quienes compartimos tarea, responsabilidad, vida... Luego nos fijamos en quienes estamos compartiendo este momento de oración. Oramos por las intenciones compartidas en la dinámica de la reunión.

Oración comunitaria

Hoy nos reunimos ante ti, Señor, para darte gracias
por el don de la fraternidad.
Porque nos has hecho diversos, y porque nos quieres diversos.
Porque no te cansas de decirnos que en el amor al otro
es donde te encontramos.
Ayúdanos a ser verdadero signo de tu amor,
siendo hermanos y hermanas de la humanidad entera.